

082. El espíritu del cristiano

Muchas veces se nos repite el dicho de un filósofo alemán, asumido después por un escritor y poeta hindú. Ambos dicen lo mismo: “*Soñé, y soñaba que la vida era bella. Desperté, y vi que la vida era deber*” (Kant y Tagore). Hoy nos preguntamos también nosotros: -¿*Cómo es la vida cristiana?*

Y, ante esta pregunta, nos hemos respondido muchas veces: - La vida cristiana es lo más bello que se puede pensar. Es la vida de Cristo en nosotros. Es la vida de la Iglesia entera encarnada en mí. Es la vida de unión con Dios, en comunión con la Persona de Jesucristo. Es la vida transcurrida toda bajo el amparo maternal de María.

¿Acabaríamos de contar maravillas de la vida cristiana? Maravillas encantadoras, desde luego. Pero, vendría después el discurrir más serenamente, y habríamos de decir con gravedad: -*La vida cristiana es deber, es entrega, es renuncia, es sacrificio.*

Ante esta realidad, podría preguntarse de nuevo: -*Entonces, ¿vale la pena ser cristiano? ¿tiene alguna ventaja el haberse bautizado?...* Aunque eso, ya se ve, sería como preguntar: -Si el matrimonio impone sacrificios, ¿vale la pena casarse?... Sí, vale la pena disfrutar del matrimonio, don de Dios, aunque aceptamos las renunciaciones que impone.

Nosotros, con el Evangelio en la mano, sabemos que la felicidad y la paz que disfruta el cristiano son un regalo de Dios, proclamadas por Jesucristo con aquel *¡Dichosos, dichosos!* del sermón del monte, y prometidas por el mismo Jesús, que nos dijo: *Os doy mi paz, que no es como la paz que da el mundo...*

En los primeros siglos de la Iglesia, durante las persecuciones del Imperio Romano, los héroes del cristianismo eran los mártires. Ser mártir era la suprema demostración de la entrega al Señor.

¿*Qué pasará entonces cuando cesen las persecuciones?*, se preguntaban Obispos santos, como San Cipriano, que murió mártir también, y que decía: No es la única corona para el cristiano la que se consigue en tiempo de persecución, porque también la paz tiene sus coronas. Y San Gregorio, Papa, que escribía: *El mérito del martirio prosigue cuando el valor está ardiendo en el corazón.*

El cristiano se metió por el Bautismo en la zona del sacrificio, de la renuncia, de la negación de sí mismo, porque entendió la palabra de Jesús: “*Quien quiera venir en pos de mí, que tome su cruz de cada día, y me siga*” (Lucas 9,23)

El sacrificio, el sufrir, deja de dar miedo cuando se contempla metido en el misterio de Jesucristo, que se ofrece a la pasión y a la cruz para salvarnos. Unidos el cristiano y Jesucristo en una sola Hostia sobre el altar, deja de espantar el sacrificio. En la Iglesia tenemos los ejemplos a montones.

En 1913 llegaba a la terrible isla de Makogaï un sacerdote generoso, para sepultarse vivo entre los leprosos hacinados en sus casuchas. Trabajaban también en ella bastantes religiosas que habían consagrado su vida a los seres más desdichados. El Padre, sin darse una hora de reposo, se dedica de lleno a los enfermos, hasta que un día aparecen los síntomas de la contaminación. *¡Leproso con los leprosos!*, igual que el Beato Padre Damián. Su carne se caía a pedazos. En sus manos de mártir, al fin ya no quedaban más que cuatro dedos enteros: dos en cada mano, los dos pulgares y los dos índices, con los cuales

alzó la Hostia Santa en el Sacrificio de la Misa durante treinta y seis años. Una de las Hermanas lo advierte:

- *Padre, ¿pero, cómo es esto, que no tiene más que dos dedos en cada mano? ¿Por qué han caído todos menos estos cuatro?*

Y el Padre, sereno, tranquilo, como si se tratara de una nimiedad:

- *¿Ahora se da cuenta? Estos cuatro dedos los necesitaba para alzar la Hostia del Sacrificio. Por algo no me los ha querido quitar el Señor* (Padre François Xavier Nicouleau)

Este es el retrato del cristiano que sufre con Jesucristo. El primero en decirlo fue el apóstol San Pablo, cuando escribía: *“Por todas partes vamos llevando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo”* (2Corintios 4,10). Por eso, pedía a los fieles de Roma: *“Ofrézcanse como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios”* (Rom. 12,1)

Con este sacrificio, los sufrimientos, los dolores, las renunciaciones que conlleva la vida — aceptado todo como un único sacrificio con el del Señor—, la vida cristiana se convierte en un heroísmo.

Es un héroe, quien cumple su deber de cada día.

Es un héroe, quien se muestra firme en la lucha para mantener la vida de la gracia.

Es un héroe, quien trabaja con abnegación, cumpliendo con una ley imperiosa de la vida.

Es un héroe, quien perdona, aunque tenga el corazón destrozado.

Es un héroe, quien cumple con toda ley de Dios y de la Iglesia.

Es un héroe, quien sufre la enfermedad sin quejarse, y aguanta el cansancio, y la pobreza tal vez, y sabe renunciarse en los mil caprichos que cada día le pone en bandeja.

La costumbre cristiana más arraigada en nuestro pueblo creyente, lo expresa con cuatro palabritas tan breves, tan densas, tan milagrosas, cuando se presenta la ocasión de sufrir cualquier cosita o de ofrecer al Señor un deber que cuesta: *¡Dios mío, por ti!...* ¿Habremos pensado alguna vez en el valor inmenso e inconmensurable de esta oracioncita sin igual?...

Por mucho mal que haya en el mundo, hay también mucho bien. Y estos héroes anónimos, con los cuales nos codeamos a cada momento, están diciendo silenciosamente que el mundo no se va a perder, porque Jesucristo tiene muchos valientes que le ayudan a salvarlo...